MANIFIESTO
A LOS FRANCESES.

Hasta quándo, Franceses, durará vuestro letargo? ¿Es posible que los llantos de vuestros hijos, los lamentos de vuestras mugeres, las voces y clamores de vuestros Sacerdotes, la devastacion de vuestro suelo, de vuestras casas, de vuestra nobleza, no han podido despertaros? ¿El estruendo de los exércitos, el estrépito de la artillería, que por mas de catorce años resuena á vuestras puertas, tampoco ha llegado á vuestros oidos? Ea despertad, abrid los ojos, y vereis el espectáculo mas horroroso, la catástrofe mas inaudita, los despojos de un desórden, y las consecuencias de la filosofia de estos tiempos. Mirad en aquella plaza de vuestra gran Capital decapitado vuestro legítimo Soberano, vuestra Reyna, y las demas ramas de estos troncos derribadas al golpe de la cuchilla. Allí teneis en el mismo estado toda la Nobleza, el Clero y demas autoridades. Ved esos templos profanados, atropelladas las divinas imágenes, y colocadas en los altares estatuas de los Patriarcas de la heregía. Tended la vista sobre aquel numeroso exército que desfila contra la Alemania, la Italia, y la Prusia para acometer á esas Naciones, porque han querido defender la causa de vuestros Reyes, y castigar á esos Filósofos que han envenenado vuestros talentos; y ved que al encuentro de aquellas huestes perecen vuestros hijos, hermanos y parientes. Mirad sobre el brillante trono de vuestros Reyes plantado un árbol, que solo fructifica hombres déspotas y tiranos, que únicamente se alimentan con sangre francesa, y hacen venir los arroyos de ella desde los Alpes, desde las montañas de Alemania, y desde los Pirineos.

Decidme, Franceses: ¿es verdad que todos esos estragos,

esas

esas tragedias han sido dispuestas y executadas por aquella asamblea y congreso de hombres sedientos de vuestra sangre? ¿Es cierto que la habeis derramado á rios por restablecer la libertad é igualdad? ¿Podeis negar que sobre las aras que levantasteis á esas dos quiméricas Deidades han sido sacrificados mas de millon y medio de vuestros hijos? Fixad la vista sobre Paris, Leon, y ::::pero atended. ¿Veis á aquel jóven que se acerca entre aquel tumulto de sansculotes? Miradlo bien: observad su cruel disposicion: reflexîonad la fisonomía de un tirano: conocedlo. ¿Creeis que es vuestro patricio, vuestro paisano? Os engañais. Es la quinta esencia de la ferocidad de la Córcega: un hombre osbscuro, extrangero, feto de un delito: *Napoleon Bonaparte.*

¡Ah!! ¡¡qué cosas mas estupendas y portentosas se ofrecen ahora á la vista! Ya lo veis dirigirse hácia Tolon; apresta una esquadra, en donde embarca veinte mil Franceses, y toma el rumbo para Egipto. ¿Pensareis que su objeto es alguna conquista útil para vosotros? No lleva otra mira que la de un proyecto ambicioso, y el de aprender las máxîmas del despotismo, de la tiranía, de la barbarie, del paganismo y de la esclavitud. Desembarca en las costas de Alexandria; y en Abuquir y S. Juan de Acre es derrotado, y quemada la esquadra. Nada ménos os costó el principio y ensayo de la esclavitud francesa. Aprendió admirablemente Bonaparte entre los Musulmanes el arte de mandar con despotismo, con tiranía, con perfidia: se enseñó la táctica militar de un caudillo rebelde, usurpador, asesino y sin sentimientos humanos. Ufano de ser el mejor discípulo de Mahoma, su aficionado y sectario, errante y fugitivo se regresa. Ahí le teneis otra vez empuñando el baston de General en Xefe de los exércitos de Italia. Aquí principia vuestra admiracion. Subid á los Alpes, y ved á vuestros hijos mandados inhumanamente, llenos de heridas, abandonados en los campos, brotando arroyos de sangre para establecer una República: primer monumento que erige, no en honor de los Franceses, en obsequio sí de su deli-

to

to , para cuyo recuerdo encarga el gobierno de la Italia á su adoptivo Eugenio. Reconoced en los campos de Marengo destrozados inhumanamente vuestros campeones : allí se os manifiestan los horrorosos despojos del dominio despótico , tiránico y bárbaro con que desesperadamente los ha conducido. Vuelve á vuestra patria con las miserables reliquias del exército. Atendedle , que viene con apariencia de triunfo ; pero con intenciones contrarias á vuestro sistema. ¿Le veis obsequioso Orador en el Foro ? Pues advertid que ha fascinado al Senado , ha captado la voluntad , ha encantado sus espíritus; y aprovechándose de la ocasion, ha derribado las tribunas, y se ha investido autoritativamente con la toga de primer Cónsul : ya empieza á manifestar su inclinacion este déspota , y á producir efecto su filosofia mahometana. ¿Qué os parece, Franceses? ¿Pensais que se concluyó esta trágica representacion? Os engañais. Ahora vereis los progresos de un dominio , que os frustra todas vuestras esperanzas de rescate. Ya está establecida la igualdad á que habeis aspirado. Toda la Nacion francesa es una clase. No hallareis entre vosotros distincion, ni gerarquía ; pero observad que los verdaderos Franceses, aquellos que no estan embrutecidos con la ferocidad de un salvage, formais una plebe absolutamente separada del mas mínimo empleo de la sociedad. En vuestro lugar se coloca al hombre obscuro , al inhumano , al cruel , al extrangero ; y como si fueseis unos miserables Etiopes destinados al bárbaro comercio, quedais eslabonados en una cadena. ¿Os admirais? ¿Es esta la libertad que habeis buscado con tanto anelo? Si para conseguirla habeis sacrificado ya mas de dos millones de hombres, ¿como estais tan humillados , tan abatidos , y en tan deplorable y despreciable constitucion? ¿Estais aturdidos ó pasmados? Pues esperad, que aun experimentareis sobre vosotros los efectos del tiranicidio. Reflexîonad esos grandes preparativos que por toda vuestra Nacion se estan disponiendo como para un triunfo, y que para solemnizarle se os manifiesta que se llegan los exércitos á la Capital. Prestad aquí la atencion:

oid

oid á ese primer Cónsul, que se pone á su frente; produce una oracion, parte de la infernal retórica que ha aprendido en las escuelas del Cayro; y ved que concluida, se arroja al Foro, despoja con violencia á los Magistrados, á los Tribunos y Consejo de los Quinientos, y con la velocidad de un rayo se sienta en el trono, se corona, y se proclama por vuestro Emperador. Ahora sí que os prometereis el descanso, el patrocinio, y quanto puede esperarse de la beneficencia de un Monarca agradecido. No precipiteis el discurso: tened paciencia. Volved la cabeza hácia el Levante y Norte: ¡qué preparativos militares mas asombrosos! ¡qué horror! Imperiosamente arrancan de vuestros regazos á vuestros hijos. En las campiñas de Bolonia se acampa toda la juventud francesa, y como un torrente inunda la Alemania, anegándose en su sangre muchos millares de vuestros hijos. Llegan á los campos de Austerliz, y veis allí sobre una altura dominante á ese vuestro intruso Emperador mirando risueño, como un Neron sobre Roma, que el fuego y la espada arrasa y devasta sus vasallos: allí lo teneis trazando planes, y fixando los proyectos de su ambicion. Corred la vista hácia el Mediodia de aquella campiña, vereis desfilar parte de aquel exército, caminando á marchas forzadas: entra en Nápoles, arrebata el cetro, derriba la corona á Fernando IV, y la ciñe en la cabeza de Josef Bonaparte. ¿Para esto habeis derramado vuestra sangre, Franceses? ¿Es este el premio que ha merecido vuestra Nacion? ¿Tan despreciables sois, que para un Frances honrado no hay siquiera una colocacion decente? ¿Es posible que entre tantos millones de hombres no se halla uno digno de ser colocado en esa fantástica Confederacion del Rhin? ¿Pero qué esperais? Volved el rostro hácia el Norte, y ved coronado en Holanda á Luis Bonaparte. Valgaos Dios, Franceses, ¡qué desgraciados estais! Ese vuestro Emperador no encuentra en toda vuestra Nacion un hombre digno de ser condecorado con insignia de respeto. Sobre las ruinas de la Nacion francesa edifica ese tirano los soberbios Palacios para Príncipes de su familia. Con

la

la sangre de vuestros hijos amasa los materiales para semejantes fábricas. Retiraos pues á vuestra Capital, que allí os prepara un festin, un bayle en el mes de Mayo de 1807: único premio de que os ha juzgado acreedores. Aguardad, Franceses, no llegueis. Ese vuestro revolucionario Monarca no se ha saciado aun de vuestra sangre. Marchad con él á los campos de Jena, y derramadla á rios, para nutrir otra rama de su tronco. Registrad todo aquel terreno cubierto de cadáveres. Admiraos de ver con qué indolencia los registra ese monstruo de crueldad; y advertid que las reliquias de vuestra Nacion las conduce atropelladamente hácia el Norte, y hace que vuestro terreno le suministre anticipadamente dos tributos de personas, que arrastra hasta las llanuras de Tilsit.

Allí á la vista de la Alemania, la Rusia y la Prusia ostenta toda su ambicion, y manifiesta el desprecio con que mira á la Nacion francesa. Usurpa la mitad de la Prusia, y en su terreno, y sobre las ruinas de Polonia, funda otra Corona, en que coloca á su hermano Gerónimo: afianza con pérfidos tratados su dinastía; y vedle que se restituye á vuestra Capital, y con apariencias de descanso concluye los horrores de la guerra del Continente. Pero reflexîonad: observadlo pensativo, silencioso, y trazando planes falsos y supuestos contra Inglaterra. Hace venir desde las fronteras de la Rusia exércitos sin destino; pero á poco tiempo, aprovechándose de la bondad de Cárlos IV, su íntimo, fiel y caro amigo en el nombre, consigue introducir sus tropas en España; y á pretexto de alianza, y de preservar las fortalezas de una invasion inglesa, ocupa las mas principales, y con el resto de las tropas se arroja sobre Portugal, y arrebata la Corona de su legítimo dueño, declarando escandalosamente la extincion de la Casa de Braganza. ¡Qué perfidia, Franceses! ¿Habrá alguno entre vosotros tan preocupado, que apruebe unas operaciones tan indignas de un carácter honrado? No lo creo; pero esperad un poco, que vais á ver el último resto de la iniquidad. La ambicion de Alexandro, comparada con la de

vues-

vuestro Emperador, es un grano de mostaza respecto del globo terraqüeo. La soberbia de Antioco, de Asuero y de Nabuco fué humildad, paralelada con la de ese vuestro Monarca. La malicia de Acab, la perfidia de Mahoma no tiene comparacion con la de Napoleon Bonaparte. La saña y astucia de Mitridates fué una sombra de la conducta de ese Córcego. La crueldad y vileza de un Neron, de un Calígula pueden formar el carácter benigno de ese monstruo de la naturaleza. Y en fin la ruindad y cobardía de sí mismo no tiene exemplo en los anales del universo.

Concibió en su mente apoderarse de la Monarquía Española; y olvidando los beneficios que le ha producido su alianza y patrocinio, se vale de suscitar una revolucion por medio del traydor mas infame que ha conocido el género humano; pero la fidelidad española intercepta la execucion, desbarata el proyecto, separando al traydor del manejo del cetro. Ocurre la legítima exâltacion al trono de Fernando VII: quedaron frustradas las ideas de vuestro Emperador; y no permitiéndole su cobardía entrar en la península para destronarle con la fuerza, y abrogarse la Corona, se propone la execucion del atentado mas horrendo. Se vale de la amistad y carácter honrado del Rey Fernando: le propone conferencias para la felicidad de sus vasallos: le convida á una vista en los campos de Bayona: se verifica: le agasaja: le oculta sus designios, hasta que con la misma maquinacion atraxo toda la familia Real de Borbon. En este estado produce todo el veneno de sus artificios; finge y circula renuncias de todos sus derechos á su favor, esparciendo sacrílegos papeles contra el carácter y circunstancias de dichas personas Reales, procurando seducir á esta Nacion para que les miren con horror y desprecio; pero ¡qué engaño! Todos los vasallos de Fernando VII le han proclamado, y unidos en masa han jurado religiosamente la defensa de su Rey legítimo, y la venganza y exterminio de Napoleon, imágen de Judas, y semejanza perfecta de Herodes.

Franceses, manifestad una sola página de historia en don-

de

de se halle escrito un atentado tan iniquo. Registrad vuestros anales, y no encontrareis Frances alguno que haya executado una vileza comparable con la de ese vuestro indigno Emperador. Me parece que os avergonzais al oir semejantes atrocidades y vilezas. No dudeis que una accion, un pensamiento tan baxo os borraria del catálogo de las Naciones cultas. ¿Y aun permaneceis indolentes, tranquilos y perezosos? Levantaos: tomad las armas: aprovechaos de esta crítica ocasion: unios con vuestros antiguos amigos los Españoles: acometed á ese déspota, á ese tirano que os ha esclavizado y envilecido: escribid con su sangre todos los hechos que comprehende este epítome de su vida, para que quede perpetuamente acreditado que ni habeis intervenido en la execucion de tales vilezas, ni habeis apoyado la perfidia y la felonía. Acordaos que quando habeis sido gobernados por un Monarca justo y legítimo, habeis representado siempre un papel brillante en la Europa. ¿A qué esperais? ¿Tuvisteis valor para destronar á un Enrique IV, y á un Luis XVI, vuestros Reyes estimados por su bondad, y por ser de vuestra Casa y Familia, y os falta el ánimo para apartar de vuestra vista, de vuestro lado á ese extrangero usurpador que os tiraniza y envilece? Si os faltan los alientos para desembaynar el puñal, y levantar el brazo, arrojaos sobre los sepulcros; invocad los manes de un Condillac, de un Mirabó, de un Orleans, de un Danton, de un Chabot, de un Robespierre, de un Tallien, y otros cuyas cenizas aun humean. Y si permaneceis en custodia y abrigo de ese enemigo vuestro, y del género humano, pensad en que recaerá sobre vosotros el golpe de la venganza que se proponen todas las Naciones cultas, y particularmente de la Nacion Española, vuestra protectora y defensora hasta aqui. Atended que todos sus individuos se han congregado á un grito desesperados y feroces para castigar la perfidia de vuestro Emperador, y de sus sequaces. Mirad que han principiado bebiendo la sangre de parte de vuestras tropas, y que han jurado unánimemente no soltar el puñal de la mano hasta que recuperen á su Rey, y lo en-

ensangrenten en un opresor. Creed que hasta ahora, en espacio de cerca de dos siglos, han sido los Españoles unas fieras dormidas, que han despertado con la herida que han recibido de ese vuestro Emperador; y reflexîonad que lo que habeis visto en estos dias, desde el dos de Mayo del corriente año, no son mas que unos desperezos del Leon, que ha estirado sus manos para levantarse, ha enseñado la uña, pero no ha levantado el brazo, ni abierto la boca para arrojarse contra quien viene á acometerle. Tened entendido que los exércitos de Tito y Vespasiano sobre Jerusalen obraron con benignidad en comparacion de la fiereza con que se arrojara la juventud española, ofendida, sobre vuestras personas y propiedades. Acordaos de sus antiguas hazañas. Traed á la vista el terror y espanto que infundió Anibal al imperio Romano con un corto exército de Españoles. No aparteis de vuestra memoria el combate de Wamba en el Rosellon. Acordaos de Roncesvalles, de Pavía y de Fuenterrabía.

No os hago estos recuerdos por arrogancia, y sí para que conozcais vuestro estado, vuestro peligro, y la constitucion en que os ha colocado ese monstruo de maldad; y que unidos á la Nacion Española, vuestra amiga, borreis el nombre y dinastía de ese usurpador, y os limpieis la mancha con que ha descolorido vuestra conducta, sacudais su infame yugo, y aspiremos todos juntos á la gloria de ver restablecida en Francia una Monarquía legítima nacional, la Religion católica, la nobleza, y el carácter formal con que desde lo antiguo os han distinguido las demas Naciones.

CON LICENCIA:
Reimpreso en Sevilla, por las Herederas de D. Josef Padrino en calle Génova. Año de 1808.